

ENRIQUE LIHN PRESENTA A JORGE EDWARDS EN CUBA



ENRIQUE LIHN, poeta

Con **EL PATIO** —su primer libro, publicado en 1953— Jorge Edwards, vendió su alma a la literatura e inició con ella esta especie de endemoniada vida conyugal, a plazo indefinido, en que ocurre de todo. Hay en la vida literaria períodos de encantamiento o de enervamiento, aventura o rutina, rupturas que parecen definitivas seguidas de un entendimiento total entre el hombre y su escritura cuyos papeles terminan por hacerse intercambiables. Los ojos de linde del artista adolescente Jorge Edwards, penetraron, desde el primer momento, en el secreto último de su oficio. Escribir es un modo de ser. Y sus primeros trabajos, a diferencia de la mayor parte de los escritos primerizos que acusan una relación externa del aprendiz con la literatura, eran como un "espejo de papel": la viva imagen del autor de **EL PATIO**.

Alrededor de los años cincuenta, los compañeros de promoción de Jorge, generalmente mayores que él, vivíamos en El Patio de la literatura chilena como esos estudiantes que pagan tarde, mal y nunca la pensión y que además molestan a los antiguos inquilinos con sus desórdenes, pero que se han instalado allí, en el inmueble, con dientes y uñas. Algunos de nosotros éramos bohemios recalcitrantes; otros, en cambio, plumíferos de cuello corbata, decididos a

prosperar a corto plazo haciendo méritos feroces en la Feria del Libro. El narcisismo y la desesperación estaban a la orden del día. Un escritor joven se había declarado primeramente el Dostolewsky, luego el Faulkner chileno. Abandonó la literatura. Otro hablaba de escribir tantas novelas como para poder sentarse en ellas y que los pies le colgaran. Ambicionaba el poder, el dinero, las mujeres, y la literatura le parecía un buen vehículo para llegar a todo eso. Tengo entendido que escribió su montón o su sillón de libros y que se ha sentado en ellos a esperar que lo lean.

Edwards, en cambio, tuvo que contrariar a su padre y hacerse asesorar por la complicidad maternal para librarse como escri-

tor en la vida pública. Se lo quería apartar de la literatura como de una compañía socialmente dudosa y económicamente deplorable. Debía elegir entre los grandes negocios o la carrera diplomática, y convertirse, entretanto, en un abogado de lujo, después de haber sido uno de los primeros alumnos en un célebre colegio de jesuitas. La familia Edwards contaba ya con una oveja negra más o menos cer-

cana: el escritor Joaquín Edwards Bello, y era instintivamente razón en desconfiar de la literatura. Un escritor puede ser el mejor de los casos, ganar dinero, pero es probable que no llega a convertirse en un elemento socialmente disolvente: existen demasiadas probabilidades de que se vuelva en contra de su propia clase, no para arrancarle los ojos, sino, por el contrario, para abrirselos, y, lo que es peor, pa-

para hacer de ella un espectáculo público. **EL PATIO**, los cuentos que le siguieron —**GENTE DE LA CIUDAD**— y la novela que publicará Seix Barral en 1965, **EL PESO DE LA NOCHE**, todos estos trabajos que parecen escritos en sordina y sin el menor propósito de cambiar el mundo; que parecen escritos en pri-



JORGE EDWARDS, novelista.

mera persona para un círculo de primeras personas, pertenecen con todo, más eficazmente que muchas obras de tesis, a un nuevo tipo de literatura nacional que, según Edwards, se ha dado a la tarea de explotar el tema de la decadencia o la decrepitud o la descomposición de la gran burguesía o de la pseudo aristocracia chilenas.

El tratamiento de este tema en el caso de Edwards no es exactamente el que puede esperarse de un realismo crítico de tipo programático. Menos que describir y enjuiciar, lo que se propone este autor es comprender y crear. Su mundo tiene la ambigüedad, pero al mismo tiempo la lucidez de una literatura que participa —como bien lo ha expre-

sado Garaudy en relación a Kafka— de la alienación que impugna. Quizá haya que hablar de "Poesía de paso" como de un lirismo narrativo que no reside en las palabras o que no reside, mejor dicho en las combinaciones lingüísticas inesperadas o demasiado personales, sino en esa relación ambigua o ambivalente de escritor con su mundo.

No es un juicio el que se nos invita a presenciar, sino el análisis de una situación. No hay una condena espectacular al final del juicio sino, a través de todo él, un cierto humor de analista o una ironía en virtud de la cual Edwards sitúa a sus personajes en una perspectiva y los muestra, a la vez que piadosamente, de una manera desapasionada.

A veces esos personajes son simples figurillas, y el interés del escritor y del lector se concentra menos en ellos y en sus situaciones mínimas que en el clima del relato y en la factura del mismo. O bien, en el temple de ánimo, en el tono del relato por los cuales el trabajo del cuentista y del novelista presenta, una vez más, nuevos puntos de afinidad y de contacto con la poesía o con cierto tipo de poesía moderna.

De una manera congruente con las características de esta manera de sentir y de pensar la lite-

ratura, lo que nos ha mostrado perfectamente Edwards con mayor eficacia, no es tanto el foco de una enajenación individual y social, el centro de un sistema, como en la gran novela sociológica o de intenciones epopéyicas. Su narrativa gira más bien en torno de pequeños destinos individuales a través de los cuales se sugiere una presencia abominable y se postula la necesidad de una plenitud humana en la misma medida en que se verifica su ausencia. Es la suya una literatura de seres marginales sobre los cuales recae El Peso de la Noche, de los usos y costumbres sociales enajenantes, como quiera que hayan sido aplastados por ese peso o que estén condenados a soportarlos. Ancianos, adolescentes, niños.

Yo debía presentar al ensayista Jorge Edwards o al lector crítica de nuestra literatura. He escrito, en cambio, esta nota sobre el narrador y el compañero de ruta. Ustedes me disculparán. Pero, si no me equivoco, lo que hace Jorge como crítico literario es lo que hace también como escritor. Crítica y autocrítica a la par, o, si se quiere, trazar un panorama en el que él mismo está situado y dentro del cual la definición del contorno debe ayudarlo a definir su propia situación.

("La Gaceta de Cuba", febrero-marzo 1968) Enrique Lihn.